

# LA MUERTE y la DONCELLA

Autora | PURI RUIZ

**A**DELA ENTRÓ EN EL SALÓN, AÚN EN PENUMBRA, GOLPEÓ EL INTERRUPTOR Y BUSCÓ CON ANSIA ENTRE SUS VIEJOS VINILOS. SUS DEDOS TAMBORILEABAN INQUIETOS MIENTRAS rezaba a un trasunto de dios para que *La muerte y la doncella* se hubiera quedado en su mitad tras el reparto.

«Para qué querría un cuarteto de cuerda la Señorita de las Tetas Operadas», se oyó decir. Siempre sospechó que alguien con la estatura y los kilos de Sigourney Weaver no podía, por pura lógica anatómica, tener los pechos de Pamela Anderson. Una imagen turbadoramente placentera la asaltó entonces: el alien de la nave *Nostromo*, el repugnante, viscoso y estremecedor monstruo, surgiendo de las entrañas de aquel caprichito de cuarentón y reventándole sus postizos de silicona.

El segundo violín atacó el primer movimiento con la furia que desprendía el talento de quien se sabía a las puertas de la muerte. Schubert compuso aquel cuarteto de cuerda con veintisiete años, arruinado y enfermo de sífilis. Veintisiete: uno menos que la Señorita Implantes. La recordó entonces taconeando por el pasillo del bufete, con aquella coleta pendular y una voz de soprano decadente que taladraba los tímpanos. «Llevaba cada día todo el maquillaje que yo he usado en mis 43 años de vida».

Se sirvió una copa de Ribera del Duero, emulando a su adorada Alicia Florrick. Desde hacía seis meses, ella era Alicia Florrick. Salvo por la bofetada. Aquella que nunca le propinó y que bien sabía él que se merecía. ¿Sería multiorgásmica la Señorita de los Pechos de Plástico? Oh, por el bien de él, esperaba que no. Si adosaba a cada orgasmo uno de esos

grititos con los que la atronó durante más de un año, la sordera era cuestión de tiempo.

El violín alcanzaba ahora, en el segundo movimiento, unos agudos insistentes, incómodos. Era la voz de la doncella que, enfrentada a las notas graves de la Muerte, clamaba por evitar lo inapelable. Una lucha desesperada en el que solo habría una ganadora. Un gasto inútil de energía, pensó para sí mientras paladeaba la victoria del violonchelo y escuchaba el sonido del vino lanzándose por el cristal.

En el corte entre el andante con moto y el scherzo, escuchó corretear a los niños escaleras arriba. Ordenó sus papeles: antes de verificar todos los puntos del recurso que debía presentar al día siguiente ante el juez, tocaba supervisar deberes y reconvenir al pequeño por los continuos borrones en su cuaderno de caligrafía. Recordó que ese fin de semana sus pequeños dormirían cerca de la Señorita Turgencias y sintió una náusea ácida que le abrasó el esófago. Apuró de un trago la segunda copa. El timbre. Los niños. Olvidar. No llorar. Todo está bien. Los abrigos. Los deberes. Qué habéis comido.

Los pequeños le contaban atropelladamente cómo había ido el día mientras sonaba el final del cuarteto. La muerte bailaba a ritmo endemoniado su danza final. Una coreografía macabra de violines, viola y violonchelo, a ritmo de tarantela, con el que la Muerte celebraba su enésimo triunfo.

«Al final, todos mueren. Ella morirá también. Senil, con la piel acartonada como un viejo legajo y dos enormes tetas anacrónicas peleando contra la tapa del ataúd».

